

# Mitos y leyendas de la política mexicana. La extensa mitología electoral

Marcela Bravo Ahuja\*

## **Resumen**

En el presente artículo, la autora elabora un estudio sobre los cambios que se presentan en el sistema político nacional a partir del análisis de la preferencia que se manifiesta en cada periodo de elecciones. Para la autora, la actitud que el elector ha mostrado en cada uno de los procesos de elección en los últimos 30 años permite trazar ciertas líneas de investigación sobre los cambios de patrones en México. Lo anterior, en su opinión, podrá enriquecer el ámbito de estudio de la política mexicana que en este momento en particular, requiere de estudios que permitan dar certeza sobre el cambio democrático.

**Palabras clave:** Democracia, cambio político, sistema electoral, preferencia electoral, ciudadanía.

## **Abstract**

In this article the author elaborates a study about the changes in the Mexican political system taking into consideration the analysis of preference from each electoral term. The author shows how the electoral attitude pattern can be researched from the elections in the last 30 years. This could revalue the study of Mexican politics with a more scientific basis about the democratic change.

**Keywords:** Democracy, political change, electoral system, electoral preference, citizenship.

**E**l estudio de la distribución de las preferencias políticas en México a la luz de la perspectiva del realineamiento electoral, permite observar con bastante precisión, mediante una combinación de análisis histórico y mediciones rigurosas, la profundidad, la dirección y la permanencia de los cambios en los patrones de votación en el país desde hace cerca de treinta años.<sup>1</sup> Ello enriquece la explicación de

\* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesora de Tiempo Completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

<sup>1</sup> Cabe señalar que las afirmaciones que sostengo en este artículo se derivan de mi reciente tesis doctoral: *Realineamiento electoral y alternancia en el Poder Ejecutivo en*

nuestro sistema político, ya que en particular se destruyen ciertos mitos que suelen manejar algunos analistas e interesados en este tema.

En efecto, se puede apreciar que a lo largo de la etapa política que se inicia en México en los años ochenta, particularmente en 1988, el desplazamiento masivo de los votos hacia nuevas opciones partidistas fue generando un paso lento y desigual hacia un orden político diferente. A partir de lo que arroja la investigación, la volatilidad del voto —todavía hoy presente en las elecciones presidenciales— permite afirmar que aún reflejan inestabilidad en las preferencias partidistas, de forma tal que en términos generales ésta vuelve a aumentar cuando se pensaba iba disminuyendo. O sea, a nivel nacional, no parece haberse hasta ahora conformado del todo un nuevo orden político. Sin embargo, a nivel estatal, tras una y mayoritariamente tras varias elecciones, en principio ya se ha asentado una evolución que habla de cierres parciales del realineamiento del voto y consolidación de los grupos de poder.<sup>2</sup> Cabe resaltar que ni todos los casos produjeron alternancia ni siempre logró mantenerse la nueva élite en el gobierno;<sup>3</sup> sin embargo, en las entidades en las que no hubo alternancia como en aquellas que sí la hubo, la competitividad también aumentó y luego llegó a un tope, tras lo cual se acercaron las principales fuerzas partidistas.

---

*México, 1988-2006*, la cual aborda el estudio de la nueva distribución del voto en México en elecciones presidenciales y para gobernador en el periodo señalado. La investigación combina un análisis histórico y político de carácter global, el cual aterriza en la revisión de ciertos estudios de caso, con una interpretación de cifras electorales que destaca a través de diferentes índices de medición los grados de pluralidad política y competitividad alcanzados, así como la estabilización o la volatilidad que refleja el voto. Se comprueba la consolidación de una nueva era electoral que surge en principio a partir de 1988 y se encuentra marcada por un realineamiento electoral con desarrollos desiguales, pese a lo cual mantiene una lógica y genera sus propias constantes.

<sup>2</sup> El promedio estatal de la volatilidad electoral medida a través del índice de Pedersen (1979) en elecciones presidenciales, pasó de 1988 a 2000 de 0.27 a 0.18; sin embargo, en 2006 regresó a 0.20, mismo promedio que tenía en 1994. En contraste, en elecciones para gobernador, el mismo promedio estatal se disparó en el sexenio de Salinas y de Zedillo a 0.19 y 0.24 respectivamente, mientras que con De la Madrid era de 0.09; no obstante, en el sexenio de Fox decreció a 0.12.

<sup>3</sup> Para finales del sexenio de Fox, el PAN gobernaba nueve estados: Aguascalientes, Baja California Norte, Guanajuato, Jalisco, Morelos, Querétaro, San Luis Potosí, Tlaxcala (anteriormente perredista) y Yucatán. El PRD, por su parte, gobernaba seis estados: Baja California Sur, Chiapas, Distrito Federal, Guerrero, Michoacán y Zacatecas. El PRI gobernaba los otros 17 estados, de los cuales había recuperado Chihuahua y Nuevo León de manos del PAN (con Calderón recuperaría Yucatán), además de Nayarit, entidad a la que había llegado una coalición PAN-PRD.

Con estas características, la etapa que va de 1988 a 2006 parece a primera vista corresponder a lo que MacRae y Meldrum (1960) denominan un período crítico, el cual marca un realineamiento del voto en el transcurso de varias elecciones críticas.<sup>4</sup> Sin embargo, a mi parecer, resulta exagerado aplicar este concepto para un intervalo de tiempo tan prolongado, durante el cual además ni siquiera ha culminado plenamente el realineamiento. De hecho, a pesar de la utilidad analítica de la teoría del realineamiento, ésta tiene el defecto de entender las historias electorales de manera demasiado esquemática como períodos subsecuentes de preferencias partidistas estables interrumpidas por elecciones críticas; pero una realidad como la nuestra puede estar reflejando un proceso más complejo y permanente de cambios. Los cambios, como dicen los críticos a los analistas de la transición a la democracia, pueden ser fenómenos complicados que no se ajustan a modelos unilineales (Carothers, 2002).<sup>5</sup>

Al respecto, es posible que exista una limitación en la teoría del realineamiento, como se ha desarrollado hasta ahora, para abordar el estudio de ciertas transformaciones políticas que comprenden redistribución del voto. A mi parecer, por ello algunos autores la descartan como marco interpretativo. Así, Fiorina (1992) sostiene que el realineamiento es un concepto muerto. Otros —sin embargo— defienden su alcance interpretativo mientras mantenga validez empírica (Mayhew, 2000). Por mi parte, sostengo que la teoría del realineamiento es aplicable y permite periodizar cualquier historia electoral, siempre que

<sup>4</sup> El concepto de elección crítica es clave en la teoría del realineamiento (Key, 1953 y 1959) y se refiere a aquellas elecciones en que ocurren cambios radicales en las preferencias partidistas derivados de ajustes profundos en las relaciones de poder y en los grupos de apoyo dentro de la arena política, lo cual produce contextos de debate, de desprendimiento de lealtades y de recomposición. Lo que especifican MacRae y Meldrum es que las preferencias partidistas pueden tardarse varias elecciones en estabilizarse.

<sup>5</sup> Dentro de las críticas que Carothers le hace al paradigma de la transición, cuyo principal representante es O'Donnell (1988), destaca la suposición equivocada de que todo proceso de democratización tiende a desarrollarse en una serie de etapas, a saber un periodo de apertura y liberalización política, el colapso del régimen dictatorial, la llegada de la democracia por la vía electoral, el establecimiento de su estructura institucional y finalmente la consolidación de las nuevas reglas del juego político a través del fortalecimiento de la sociedad civil. El autor señala que los países que en los últimos años han dejado atrás la dictadura, no han seguido ningún patrón de democratización, y más bien muchos se han estancado en una zona gris con pluralismo débil o donde imperan grupos de poder dominantes. La crítica se centra de esta manera en la unilinealidad del paradigma, crítica que a mi parecer también se puede aplicar a la teoría del realineamiento.

quepa la posibilidad de identificar también como eras electorales a largos períodos en los que surgen movimientos del voto con un alcance de estabilización diferenciada, pero cuya inestabilidad se encuentra acotada y circunscrita a variables definidas que sostienen al sistema, como es el arreglo institucional, la orientación de las políticas públicas o los actores políticos principales.

En el país, los cierres parciales de evolución del voto en elecciones locales así como a nivel federal la estabilización, si bien no de las preferencias partidistas, sí del comportamiento electoral y de las instituciones que lo sustentan, en el marco de la permanencia de un mismo modelo de desarrollo económico, me hacen considerar que en este contexto de evolución de un sistema político no competitivo a otro competitivo, a pesar de que no se puede aún saber si concluye en 2006, el periodo 1988-2006 se puede considerar como una nueva era electoral, caracterizada por un realineamiento electoral con desarrollos desiguales pero que mantiene cierta lógica y genera sus propias constantes.

De las observaciones arriba señaladas se deriva el estudio de los mitos electorales que se suelen sostener y que se pueden desmentir. Fundamentalmente encuentro cinco, a los cuales me referiré a continuación:

- El mito de las instituciones electorales óptimas.
- El mito del proceso de movilidad del voto de la periferia al centro.
- El mito del número de partidos y la apertura política.
- El mito de una competitividad en aumento constante.
- El mito de una volatilidad electoral persistente y generalizada.

## **1. El mito de las instituciones electorales óptimas**

A partir de 1977, México pasó por un conjunto de reformas electorales, las cuales fueron haciendo posible una representación más plural y le fueron dando —por un lado— equidad a las contiendas y —por otro— credibilidad a sus resultados. El proceso fue paulatino, pero fue alentando una ciudadanía que encontraba en el voto el instrumento para mantener o modificar las condiciones políticas de sus entidades y del país.

1988-2006 es una era marcada por el desarrollo acentuado y constante de las reformas graduales que hicieron posible la alternancia en el país desde las instituciones. Sin embargo, así como el período abarca

la consolidación de dichas reformas, termina con la crisis de las mismas en el marco del conflicto político que generó la última elección presidencial. Ello cuestiona la creencia, la cual en buena medida caracterizó el debate y las propuestas de los años anteriores, que se podían construir instituciones justas, o sea, que se podía diseñar un modelo correcto, adecuado y permanente para nuestra realidad.

En lo que se refiere al desarrollo institucional, la etapa 1988-2006 demuestra que las subsecuentes reformas electorales, que en su momento fueron vistas como arreglos óptimos, poco después tuvieron que ser revisadas porque iban reflejando la correlación de fuerza entre los partidos, y esta correlación cambiaba. Los teóricos de la democracia lo tienen claro. Existen muchas formas de organizar y gobernar una democracia (Lipjhart, 2000), y la opción por un sistema electoral u otro depende de intereses y condiciones sociales (Nohlen, 1995); o sea, no existe un modelo ideal que pueda ser universalmente aceptado.

Así, la actual reforma electoral gira en torno a nuevas preocupaciones y necesidades derivadas de la crisis postelectoral de 2006, por lo que toca temas tales como la eficacia interna del IFE, su propio fortalecimiento y el de los partidos políticos frente a lo poderes informales, particularmente los medios de comunicación y la estabilización del sistema de partidos, punto que ya se había dejado sentir desde 2003.

## **2. El mito del proceso de movilidad del voto de la periferia al centro**

Es cierto que México conoció la alternancia primero a nivel municipal. También es cierto que a este nivel de gobierno se produjeron los primeros conflictos post-electorales, como el caso de Chihuahua en los ochenta. De la misma manera, es cierto que el llamado democrático que estos conflictos generaron se aceleró con las impugnaciones de fraude en ciertas elecciones para gobernador, como fueron los casos de Guanajuato y San Luís Potosí a principios de los noventa. Igualmente es cierto que para finales del sexenio de Salinas, la entonces oposición ya gobernaba tres estados. A éstos se le sumaron en el sexenio de Zedillo cuatro más (de hecho, fueron cinco los estados que el PRI perdió, aunque recuperó uno) y sobrevino el fenómeno de los gobiernos divididos en varias entidades; en la misma línea no fue sino hasta 1997 cuando el PRI perdió la mayoría relativa en la Cámara de Diputados y hasta el 2000 la Presidencia.

Este orden de eventos ha llevado a una interpretación que no por muy aceptada corresponde a los hechos. Me refiero a la idea que la democratización en México fue de la periferia al centro. En efecto, se suele afirmar que de los municipios pasó a los estados, a continuación al Poder Legislativo Federal y luego culminó en la Presidencia de la República. Es la apariencia la que lleva a esta afirmación, los datos la desmienten. Confundir alternancia con realineamiento del voto es lo que produce conclusiones equivocadas. Como fue posible observar a través de distintas mediciones, fueron la apertura política y la competitividad en elecciones federales las que impulsaron la apertura y la competitividad en elecciones estatales.<sup>6</sup> Igualmente —según se desprende del estudio de los congresos locales y del número de alcaldías por partido— la consolidación de la alternancia a nivel estatal ha generado movimientos del voto a nivel de elecciones legislativas locales y elecciones municipales.<sup>7</sup>

Lo anterior no quiere decir que lejos de afirmar que la democratización haya ido en México de la periferia al centro, haya ahora que afirmar que fue por el contrario del centro a la periferia. 1988-2006 es una era electoral que se caracteriza por movimientos acentuados del voto a todos los niveles, y desiguales a nivel regional. En algunos de los niveles, dichos movimientos se han desacelerado como es el caso del nivel de elecciones para gobernador, no así en el de las elecciones presidenciales. Los movimientos del voto han desplazado al PRI de varios gobiernos estatales y desde luego del gobierno federal; a la vez, han alterado la composición de las cámaras legislativas en general. El resultado es el gobierno compartido fundamen-

<sup>6</sup> Conforme al índice de número de partidos de Laasko y Taagepera (1979), desde 1988 las elecciones presidenciales al final de cada sexenio han reflejado más pluralidad que las elecciones para gobernador durante el mismo: de 1983 a 1988 el índice promedio estatal en elecciones para gobernador fue de 1.53, mientras que en la elección presidencial de 1988 llegó a 2.21, para pasar a 1.99 en las elecciones para gobernador de 1989 a 1994, luego a 2.57 en la elección presidencial de 1994, 2.55 en las elecciones para gobernador de 1995 a 2000, 2.64 en la elección presidencial de 2000, 2.49 en las elecciones para gobernador de 2001 a 2006 y alcanzar finalmente 2.85 en la elección presidencial de 2006.

<sup>7</sup> Es así como el PRI tras perder varios gobiernos estatales, perdió el dominio de los Congresos de las entidades en manos del PAN y el PRD. De hecho, pese a su buen desempeño electoral general en elecciones locales durante el sexenio de Fox, pasó de dominar 23 congresos locales a controlar únicamente 16, precisamente de las 17 entidades en su poder. De la misma manera pasó de gobernar sobre 43,249,261 habitantes en 1,389 municipios a gobernar sobre 38,311,362 habitantes en 1008 municipios.

talmente por tres partidos grandes, el PAN, el PRD y el PRI, con cierta presencia en el Congreso, en su haber el gobierno de ciertos estados y municipios y el PAN con la Presidencia. 1988-2006 es una era marcada por la paulatina consolidación de los dominios partidistas de estos partidos, dominios que sustentan su fuerza local y se traducen en su capacidad de juego a nivel nacional. La consolidación de estos dominios habla, asimismo, de un nuevo acuerdo entre las fuerzas que definen al sistema político en la actualidad.

### **3. El mito del número de partidos y la apertura política**

A partir de las reformas electorales iniciadas en 1977, se alentó la formación de nuevos partidos políticos, a través de dos vías: reduciendo las condiciones para el registro de partidos y, en segundo lugar, premiando a través de la representación proporcional niveles bajos de votación. Esta circunstancia dio origen a un sistema pluripartidista; sin embargo, en términos de poder electoral el sistema se ha mantenido en tres partidos políticos principales, los que hoy empiezan a cerrar filas.

Ahora bien, la información específica demuestra que la tendencia sí es a tres partidos a nivel de elecciones presidenciales, pero de dos y medio a nivel de elecciones para gobernador, en el entendido que a este nivel en varias entidades el número de partidos está decreciendo y más de la tercera parte son bipartidistas. Esto quiere decir que a mayor competitividad y mayor apertura, que son los rasgos de las elecciones desde 1988, no corresponde un mayor número real, no formal, de partidos.

Para explicar este fenómeno resulta relevante referirse a las consecuencias que las reformas electorales, particularmente las relativas a los sistemas de representación, han tenido en el número de partidos. En efecto, en las elecciones legislativas, que cuentan con un sistema mixto de mayoría relativa y de representación proporcional (por ejemplo, en el Congreso de la Unión, la Cámara de Diputados con 300 diputados uninominales y 200 de representación proporcional), el voto se dispersa y se distribuye al menos entre tres partidos.

Por el contrario, en las elecciones de mayoría, con un ganador único, como es el caso de las elecciones para gobernador o presidente de la República, se pueden presentar tres partidos importan-

tes (en las elecciones para gobernador generalmente son dos, ya que —como ya se señaló— son pocos los estados tripartidistas), pero las contiendas tienden a cerrarse y el voto a polarizarse entre dos contendientes, no entre tres. En efecto, los ciudadanos llegan a votar por su segunda opción viable cuando ven perdido a su candidato, y se enfrentan a la posibilidad que gane la opción que menos quieren; es decir, los electores llegan a emitir un voto estratégico. Así, en el año 2000, tras la alternancia, todo apuntaba a un escenario bipartista PAN-PRI. Sin embargo, seis años después, en 2006, la lucha fue entre el PAN y el PRD. Pese a su buen desempeño electoral en el sexenio foxista, el PRI enfrentó con la malograda candidatura de Roberto Madrazo circunstancias muy difíciles, las cuales al cabo de un tiempo de forma paradójica lejos de hacerlo desaparecer lo convirtieron en el actor privilegiado en el actual contexto político. Así permanece en México un juego político de tres partidos principales.

En suma, 1988-2006 es una era marcada por la consolidación del tripartidismo a nivel nacional y en pocas entidades del país a nivel de elecciones locales. En general, en los estados se consolidan dos partidos, un tercero crece con dificultad y más bien existe el peligro que los partidos en el poder se conviertan en hegemónicos.

#### **4. El mito de una competitividad en aumento constante**

A partir de 1988, con el antecedente de algunas pocas contiendas políticas localizadas y memorables, las elecciones en México se hicieron competitivas. Ahora bien, es común que se sostenga que son cada día más competitivas. El análisis estadístico permite matizar esta afirmación.

1988-2006 es una era en que las elecciones presidenciales se mantienen competitivas, y lo que es más notorio es que en general son cada vez más cerradas entre dos contendientes. Por el contrario, a nivel estatal durante esta etapa las elecciones para gobernador también se vuelven cada vez más competitivas e igualmente cada vez más cerradas, pero esta competitividad se ha asentado; en efecto, en este nivel se han establecido nuevas preferencias partidistas.<sup>8</sup> Así,

<sup>8</sup> En elecciones presidenciales, el índice de Rae (1971) ha aumentado ciertamente pero de forma lenta: a nivel nacional en 1988 era de 0.62, en 1994 de 0.64, en 2000 de 0.65 y en 2006 de 0.68; por el contrario, la diferencia entre el primer y segundo lugar pasó en

mientras que la alternancia en el año 2000 a nivel federal no viene a reducir los movimientos masivos del voto, a nivel estatal paradójicamente genera la consolidación del realineamiento electoral.

Las circunstancias en que los partidos políticos se insertan en el juego de la competencia son diferentes para cada uno de ellos. Asimismo, dichas circunstancias han ido variando y con ello la eficiencia partidista, la cual además también difiere regionalmente y según el tipo de elección.

Dicho lo anterior, vale la pena recordar los problemas que debieron enfrentar las tres principales formaciones partidistas actuales.

El PRI resintió los cambios de forma notoria desde 1977, en que tras la iniciativa de reforma política propuesta por el Poder Ejecutivo se confrontaron dos perspectivas: aquella que creía que el partido debía ser transformado desde su interior para mantener su capacidad incluyente, y la que sostenía que el único camino para que el PRI se adecuara a los nuevos tiempos era reformando todo el sistema desde afuera y a partir de ello obligándolo al cambio desde el interior. Ganó la segunda posición, con lo que se inició la reforma electoral de 1977, la cual con límites abrió el sistema al registro de nuevos partidos políticos y creó una forma de representación mixta en la Cámara de Diputados.

A partir de entonces el PRI quedó instalado en la retaguardia del cambio político. Así, fueron los presidentes del país los que sucesivamente negociaron la construcción de las nuevas reglas del juego y condiciones de la competencia electoral con los partidos de oposición, que presionaron cada vez más intensamente por mayores cambios.

Por otra parte, en el ámbito ideológico y programático, el PRI pasó de defensor de la Revolución a defensor del Estado restringido, a lo que de manera irónica llamó rectoría del Estado, hasta llegar en los años noventa a abanderar lo que se denominó el liberalismo social y

---

los mismos años de 20.01 a 23.50, luego a 6.56 para llegar a la connotada diferencia de 0.58 de la última elección presidencial. En elecciones para gobernador, dicho índice —por una parte— casi se duplicó del sexenio de De la Madrid al de Zedillo, en tanto creció en promedio de 0.32 a 0.60, pasando por 0.48 en el sexenio de Salinas; por otra parte, tras la alternancia a nivel federal, se estancó en 0.59. En cuanto a la diferencia entre el primer y segundo lugar, ésta se desplomó en los mismos sexenios de 65.57 en promedio a 11.58, pasando por 39.55; posteriormente se mantuvo, ya que fue de 12.02 igualmente en promedio.

producir en el sexenio de Zedillo una ruptura entre el partido y el presidente, quien proclamaba hacia él una “sana distancia” (Sirvent, 2007, 64-65).

Inevitablemente, las nuevas condiciones políticas tuvieron resultados en las urnas: el PRI fue perdiendo franjas de sus electores tradicionales y de sus cuadros que decidieron buscar mejores canales de ascenso en otros partidos, abandonando una institución que andaba en busca de su identidad perdida.<sup>9</sup> Sin embargo, debido a su penetración social, el PRI se mantiene todavía hoy como el partido más fuerte, si bien a la vez es el más disperso, lo que produce como resultado el que gane en las elecciones locales y caiga en las federales, sobre todo en las presidenciales.

El PAN sufrió, asimismo, las consecuencias de los nuevos tiempos. Después de que el partido perdiera a sus líderes fundadores como Manuel Gómez Morín, surgió en los setenta un nuevo panismo que se dio en llamar “neopanismo”, encabezado por el presidente del PAN, José Angel Conchello, el cual se oponía a aquellos que se sentían herederos de la ortodoxia, los denominados doctrinarios.

El nuevo panismo o neopanismo definía su comportamiento a partir de su lectura de las nuevas condiciones de competencia, que traducía en la necesidad de prestar mayor atención a la búsqueda de votos. Por tanto, colocó la mercadotecnia electoral por encima de los principios del partido y las campañas políticas por encima de su programa, produciendo una encarnizada batalla por el control del PAN que puso en entredicho su viabilidad en 1975. El conflicto derivó en una crisis interna que impidió entonces el acuerdo para presentar candidatura a la Presidencia de la República, después produjo importantes escisiones y un conflicto que por años siguió presente en las luchas internas del partido (Arriola, 1994, 29-84) e incluso mucho después

<sup>9</sup> De esta manera, surgieron entre otras escisiones algunas que produjeron alternancias en varios estados por el lado del PRD, ya que fue este partido el que aceptó preferentemente candidaturas que el PRI rechazaba y que casi en todos los casos (una excepción fue Campeche en 1997 con Layda Sansores) lo llevaron al triunfo, aunque en algunas entidades al siguiente sexenio perdió la gubernatura. Por ejemplo, en 1998 ganó Alfonso Abraham Sánchez Anaya en Tlaxcala (tras él llegó al gobierno estatal por el PAN el expriísta Héctor Ortiz Ortiz) y Ricardo Monreal Ávila en Zacatecas. En 1999 llegó a la gubernatura de Nayarit, Antonio Echevarría Domínguez (tras el cual regresó el PRI al gobierno), año en que también lo hizo Leonel Cota Nieto en Baja California Sur, y finalmente en el 2000 sucedió lo mismo con Pablo Salazar Mendiguchía en Chiapas.

definió todavía la candidatura de Felipe Calderón frente a Santiago Creel y tras él Vicente Fox.

El movimiento de izquierda fue tal vez el que más resintió en su composición y estrategias la nueva coyuntura de apertura política. Ya desde la consulta pública que la Secretaría de Gobernación había llevado a cabo para impulsar la reforma política de 1977, la izquierda empezó a vivir sus primeras divisiones, entre —por un lado— los que consideraban irrelevante entrar al juego electoral mientras no se modificaran las condiciones económicas y sociales, y —por otro— los que veían en las nuevas reglas del juego una oportunidad para ocupar espacios que a largo plazo condujeran a cambios más profundos (Fernández, 2006, 126-130).

La primera visión advertía sobre el riesgo de perder la identidad programática, corromperse en los cargos y relegar la lucha por el socialismo, por las necesidades de la vida electoral y en particular por las exigencias prácticas de las campañas. La segunda visión veía —en cambio— el riesgo de perder una oportunidad abierta para iniciar la lucha por el socialismo a través de las instituciones y por medio de la movilización social para conquistar el voto.

Ambas líneas han tenido, con matices diversos, expresiones en el seno de la izquierda en los últimos treinta años y han estado presentes en el PRD desde su creación en 1989, dando origen a dos formas de entender la lucha electoral, las cuales en la coyuntura actual por la presidencia del partido se reflejan en la posición más radical de Alejandro Encinas contra la posición más negociadora de Jesús Ortega.

## **5. El mito de una volatilidad electoral persistente y generalizada**

De hecho, ya he adelantado en parte la crítica al mito de que en México el voto se caracteriza aún por su volatilidad, pese a que el PRI haya sido desplazado de varios gobiernos estatales y del gobierno federal.

La revisión de la evolución electoral a partir de aquella elección crítica de 1988 resalta la serie de elecciones críticas a nivel estatal que fueron distribuyendo el poder entre más fuerzas. Esto es correcto. Ahora bien, es común que se sostenga que desde entonces los ciudadanos se han ido alejando de los partidos, que sus preferencias partidistas son inestables y que los resultados se definen de manera

fundamental por los electores indecisos cuya definición de última hora dificulta las predicciones. Según estas apreciaciones, el realineamiento electoral no ha concluido. Sin embargo, el estudio estadístico de los resultados electorales permite detectar, por un lado, cierres parciales en elecciones estatales (los cuales derivan en sistemas de partido ya más estables y menos competitivos), si bien no en elecciones federales; y por otro, al menos ciertos comportamientos similares del voto en elecciones federales derivados no de la estabilización de preferencias partidistas, sino del hecho que enfrentan fundamentalmente a tres contendientes, en tanto el fenómeno de la alternancia política viene a consolidar y no a alterar estas características.

### **A manera de conclusión**

En suma, parece que la ciertamente existente mitología electoral se deriva de no entender cómo es que ha cambiado el sistema político en México y sobre todo de la idea de un país todavía en transición, cuando la investigación que combina datos duros de carácter estadístico e histórico demuestra que si bien el realineamiento electoral iniciado en 1988 todavía no concluye plenamente, el período que va de 1988 a 2006 mantiene una determinada lógica electoral producto del desarrollo institucional a varios niveles y en última instancia del desarrollo de las políticas públicas, lógica que ha ido generando ciertos esquemas de participación y un sistema de partidos que conforman constantes, las cuales —sin embargo— se han desarrollado de forma desigual en tanto difieren a nivel estatal y federal.

### **Bibliografía**

- Arriola, Carlos, *Ensayos sobre el PAN*, México, Porrúa, 1994.
- Bravo Ahuja, Marcela, *Realineamiento electoral y alternancia en el Poder Ejecutivo en México, 1988-2006*, México, UNAM/FCPyS, tesis doctoral, 2008.
- Bravo Ahuja, Marcela, "El realineamiento electoral en México: elementos para su estudio", *Estudios Políticos*, octava época, núm. 8, México, UNAM/FCPyS, mayo-agosto, 2006.

Carothers, Thomas, "El fin del paradigma de la transición", *Este País*, México, junio, 2002.

Fernández Christlieb, Paulina, "El partido político en las reformas electorales. Concepto oficial, México 1977-1982", *Estudios Políticos*, octava época, núm. 8, México, UNAM/FCPyS, mayo-agosto, 2006.

Fiorina, Morris, "An Era of Divided Government", *Political Science Quarterly*, vol. 107, núm. 3, otoño, 1992.

Key, V.O., "Secular Realignment and the Party System", *Journal of Politics*, vol. 21, 1959.

Key, V. O., "A Theory of Critical Elections", *Journal of Politics*, núm. 17, 1953.

Laasko, Markku y Rein Taagepera, "Effective Number of Parties. A Measure with Application to West Europe", *Comparative Political Studies*, vol. 12, núm 1, abril, 1979.

Lipjhart, Arend, *Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*, Barcelona, Ariel, 2000.

MacRae, Duncan y James Meldrum, "Critical Elections in Illinois", *American Political Science Review*, vol. 54, 1960.

Mayhew, David, "Electoral Realignment", *Annual Review of Political Science*, vol. 74, núm. 3, 2000.

Nohlen, Dieter, *Sistemas electorales y partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

O'Donnell, Guillermo y Philippe C, Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Volumen 4: "Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas", Argentina, Paidós, 1988.

Pedersen, Mogens N., "The Dynamics of European Parties Systems: Changing Patterns of Electoral Volatility", *European Journal of Political Research*, vol. 7, núm. 1, marzo 1979, pp. 1-26.

Rae, Douglas. *Leyes electorales y sistemas de partidos políticos*, Madrid, CITEP, 1971.

Sirvent, Carlos, "El escenario político y la elección de 2006", en García Calderón, Carola (coordinadora), *Campañas, partidos y candidatos. Elección 2006*, México, UNAM/Plaza y Valdés, 2007.